

VI. Fases en el curso vital juvenil

La juventud y los jóvenes, la condición juvenil, las clases de edad, los efectos generacionales, los grupos sociales de jóvenes con relación a los estudios, los grupos sociales de jóvenes y el acceso al trabajo,... Estos son algunos de los conceptos y relaciones sobre los jóvenes de Gijón que hemos venido desarrollando hasta aquí a la luz de lo que han dicho en los grupos de discusión. Lo que nos queda, entonces, es acercarnos a algunos de los contenidos, no abordados hasta ahora, que ellos significan y, también, les caracterizan en cada una de las tres fases vitales de los aproximadamente quince años que dura la juventud. De la misma forma, en su caso y con el afán de no repetirnos, cuando sea necesario nos iremos remitiendo a aquellas partes del informe donde ya han sido abordados algunos temas que prioritariamente puedan caracterizar a cada una de estas tres subetapas de la juventud en Gijón. Si bien es cierto que hasta aquí hemos intentado anclar los contenidos vistos a los tiempos de los jóvenes en los que ocurren, hay acontecimientos y actividades que, estando presentes a lo largo de toda la juventud, se encuentran más relacionados con alguna de las tres fases vitales que hemos reflejado y explicado en el Gráfico 1. De esta forma, al realizar estas asociaciones flexibles con referencia a estos periodos se intenta añadir algo más de información al sugestivo y complejo mapa global de la juventud conociendo cuáles son sus caminos y encrucijadas vitales tanto desde la perspectiva de las actividades y esferas compartidas con la sociedad adulta, como de los estilos de vida y actividades realizadas de forma exclusiva por los jóvenes. Desde un sentido de lógica temporal las posiciones, preocupaciones y demandas de los jóvenes no son las mismas en las edades y, es más, existen acontecimientos que llenan, y caracterizamos selectivamente, con relación y comparación a otros posibles, cada una de estas fases vitales.

La primera de ellas, es de paso y entrada en la juventud (desde los 15, 16 años) pero, por eso mismo, es también, en sus inicios, un tiempo de separación y diferenciación de la infancia que se acaba de dejar atrás. A partir de ahí, en su continuación, se van buscando y constituyendo espacios vitales autónomos en los que la diversión y el ocio —compartidos con el grupo de amigos— van a ser esenciales para los aprendizajes y transgresiones rituales en los que experimentan, se miden y aprenden a modularse los jóvenes. Y, de la misma forma, es el tiempo de los estudios y la formación —excepto para los que intentan trabajar, como hemos visto— donde, de paso, se traban muchas de aquellas relaciones de amistad y se adquieren los conocimientos formales que, en ocasiones, los jóvenes tratarán de traducir y adaptar a su cosmos de experimentación



y aprendizaje. La segunda fase del periodo juvenil (desde los 20, 21 años) es una profundización de los procesos de experimentación aparecidos en la anterior subetapa, dando paso a los iniciales comportamientos transgresores que forzaban a la separación de la infancia.

La experimentación, pues, como investigación vital fundamental cuanto que a partir de ella los jóvenes van discriminando y seleccionando autónomamente aquello que más les interesa intentando completar su puzzle personal y social. Es un tiempo de confluencias de actividades y espacios pues tanto en lo inclusivo como en lo exclusivo se dan cambios personales y sociales que facilitan la concurrencia: es decir, salidas y entradas de (y hacia) esferas y actividades, que exigen de la versatilidad de los jóvenes, chicos y chicas. Así, los estudios y la formación, el trabajo, el ocio y diversión con el grupo de iguales, relaciones de pareja, viajes, etc.

En última instancia, la tercera fase (25, 26 años) es la de completar y finalizar los estudios y la formación, dando paso a los ensayos (morales y materiales) de emancipación social desde el trabajo, desde la consolidación — en su caso— de las relaciones de pareja y desde la dedicación a la búsqueda, alquiler, o compra (preferentemente) de vivienda. Al mismo tiempo, en este periodo a la par que hay un declive de los estilos de vida (excepto de los viajes) los jóvenes tienden a practicar una diversión más selectiva y controlada compartida con la pareja y el grupo cercano de amistades.



1. Entrada y continuación en la juventud: la búsqueda de un espacio propio

En la mayoría de las sociedades los momentos del final y entrada a los estadios de la vida y, en concreto, el equivalente a la juventud, aunque tienen una relativa adecuación en su dimensión social y biológica, raramente convergen en el tiempo y, en todo caso, ésta última se adecua a las necesidades sociales de la sociedad de la que se trate¹. Pues bien, lo mismo ocurre en nuestra sociedad ya que la pubertad física antecede (más en las chicas) a la social, entre dos y cuatro años, al ser (en la actualidad) en torno a los 15 años cuando comienza la juventud. Si bien no se puede decir que exista un rito de paso, propiamente dicho y localizado, si se dan progresivas acciones que como paso — e iniciación— terminan por acabar de cumplir las mismas funciones.

La separación de la infancia

Así — a modo de ritos preliminares²—, lo primero de todo — e imprescindible— es separarse socialmente del mundo anterior del que se viene de llegar y que, por lo tanto, aún está muy cerca: es la separación del mundo asexuado de la infancia y el alejamiento de la protección, supervisión y compañía de la familia. Desde ese sentido de negación de lo que significa “la edad en la que no se habla” (la infancia) es posible entender algunas

acciones de oposición de los jóvenes adolescentes, como también la separación y demarque de los espacios sociales que sirven para fundar las bases relacionales entre chicos y chicas. La diferenciación discursiva por parte de los jóvenes de Gijón del mundo anterior si bien se seguirá dando a lo largo de la totalidad del dilatado periodo juvenil, — precisamente, a modo de pasos sucesivos con los que tratan de diferenciarse de las edades que han dejado atrás—, aquí (a la llegada) se manifiesta más radicalmente como afirmación de la propia autonomía y el contraste con el tiempo de la dependencia (frente a la juventud).

De esta forma, lo que hacen aquellos que aún no han llegado a las edades de la juventud es visto como injerencia en su espacio, es decir el espacio que caracteriza a la autonomía de los jóvenes. Los menores (sociales) en el caso de querer imitar lo que ellos hacen deben estar en lugares apropiados, separados de ellos que ya han llegado a la juventud.

“— Es que fuff, allí, aquello ye, bueno, si piden carnés allí, entre... van cinco guajetes, y entre los cinco no sumen doce años, ¡ hazme caso! Jo, me cagon en Dios, chaval.

— Tenían que hacer una discoteca para guajes, joder”

(GD7, 23. 16-18 años).

Así, las mismas manifestaciones de precocidad (“yo cumplí los 12 y libertad...”) hay que entenderlas como una manera de distanciamiento prestigioso de la niñez que, de resultas, es una afirmación de la incipiente e imaginada autonomía. Hay varias formas de separación y la más inmediata es la que toca a la familia. Alejar la infancia es articular un tiempo propio no limitado por el control paterno en el que se hace lo que uno, o una, quiere. Es la “libertad” a la que se llega cuanto antes mejor y en la que — como proyección simbólica inicial— no cabría la más mínima injerencia.

Se puede entender así el que algunos jóvenes, más como manifestación expresiva que como posibilidad real, hagan equivaler en ese proceso de separación del mundo anterior la libertad con el vivir fuera del hogar familiar. Sin embargo, una de las posibilidades de la conversación es que las intervenciones pueden ser matizadas por los interlocutores; por eso, al poco se va cayendo en la cuenta de que es preciso reconocer — por así decir— el que existen dos posiciones diferentes que a veces se manifiestan contradictoriamente: la suya a través del deseo de libertad casi incontrolada y la de los padres que están viendo tan rápidos y profundos cambios en sus hijos. La “libertad”, por tanto, debe ser negociada.

“— Yo no es que esté mal, lo que pasa que yo prefiero independizarme, así hago lo que quiero.

— No, no. Está claro, no tienes libertad.



— ¡ Dependel!

— Pues, yo no.

— Así tengo toda la libertad que quiero. — Claro. (...)

— O sea, libertad me dieron. Pero, problemas: puff.

— Yo cumplí los doce y libertad, ¿oíste?

— Lo que no te parece justo empiezas a protestar y claro... y si chocas mucho con tus padres, pues ya...

— Ya, pero tú también ponte en el caso de ellos, ¿oíste? Claro”

(GD7, 9. 16-18 años).

Los actos, percepciones y expectativas de separación de la infancia aunque son inicialmente imprescindibles se simultanean y confunden con un tiempo de margen (ritos liminares) hasta que se comienza la definitiva, aunque progresiva — a modo de puzzle vital— agregación a la juventud (ritos postliminares)³. Pues bien, es en ese estadio fronterizo liminar cuando los nuevos jóvenes, chicos y chicas, comienzan a asomarse a un mundo exterior que va a ser vivido y conocido de forma autónoma en compañía de los amigos y amigas. Es importante subrayar este paso desde la “libertad vigilada” y protegida de la socialización familiar hasta la autonomía de la socialidad de las relaciones entre iguales, porque denota el sentido de la mayoría de las acciones que van a realizar los jóvenes en los siguientes años. El contraste entre la puerilidad vigilada y la libertad aparecida, compartida con los pares, implica lanzarse a la aventura a un mundo desconocido, pero apasionante, al que hay que estar dispuestos a investigar vitalmente: la experimentación a través de la diversión y el ocio, como la forma de emplear el tiempo en lo que uno quiere⁴, se da en todas las edades de la juventud pero es aquí, en la entrada del periodo vital juvenil, donde alcanza su máxima expresión.

Lo resaltable es que en los últimos años el paso de un estado a otro se ha ido adelantando en la edad y ha sido crecientemente rápido, sin transición, y es precisamente ahí donde encontramos algunas de las cuestiones que más preocupan a la sociedad respecto de los jóvenes; por ejemplo, el hecho de que pasen, en muy poco tiempo, de estar con la familia a salir con los amigos y amigas durante largas horas del día y en la noche los fines de semana. Las negociaciones y, en su caso, los conflictos con los padres son bastante normales durante estos primeros tiempos, sobre todo hasta que no se establecen las bases de convivencia asumidas por unos y otros. Por comparación, cuando puede existir un control más allá de lo deseable por los jóvenes (que es casi siempre) las chicas son más “protegidas” y controladas que los chicos.

“— Sí, porque yo cuando llego a casa el domingo; bueno, me mira mi vieja y me dice: bueno, tú... tú que hiciste por ahí, tú bueno... Bueno, eso ye normal, es que la cara que llevo también, ¡ manda cojones!”

“(…)— La verdad es que los padres son demasiado alarmistas. Porque por ejemplo ocurre algún accidente o eh... ha habido alguna noticia o así, que llame la atención o tal; ¡ Ah, no salgas de casa, no cojas el autobús, no sé que!... — Claro, es que piensan que era como cuando eran jóvenes y la vida cambia. — ¡ Tú que te piensas, a ver!”

“— También son muy protectores, te protegen mogollón. — También los padres, a veces, por lo menos en mi caso, son algo machistas. Porque yo tengo un hermano más pequeño y a mi hermano le dan muchas más libertades que a mí. Porque...

— ¡ Ya!, pero esto de que yes una muyer; a ver si te van a tal.

— Eso... ye verdad”.

(GD7, 10-11. 16-18 años).

No obstante, es necesario señalar la importancia que para los jóvenes de estas edades, chicas y chicos, siguen teniendo las relaciones con la familia. Si bien es cierto que la separación de la infancia y el intento de formación de un mundo autónomo exclusivo con el grupo de iguales exige ajustes, negociaciones y conflictos, también lo es la capacidad de refugio y protección que suelen encontrar en el hogar familiar y, en concreto, en las relaciones con los padres⁵.

“— Pero, como en casa no estás en ningún lado, ¿oíste?”

— ¡ Ya!

— Yo creo que sí.

— Y también es eso, que le pasa a todo el mundo”

(GD7, 9. 16-18 años).

Y ello a pesar de que en la escala ascendente de las edades (18, 19, 20... años) su significación, y volumen, va disminuyendo para ir dejando paso —en ambas dimensiones— a aquellas relaciones entabladas con el grupo de iguales: con los compañeros y con los amigos.

3. Arnold van Gennep, 1986, p. 30.

4. Ibáñez, 1997, p. 410. Sobre autonomía y experimentación en los jóvenes ver Javier Elzo, 2000, p. 144 y ss.

5. Javier Elzo, 2000, p. 173 y ss.



De la transgresión a la experimentación vital

Ante la magnífica novedad de la nueva vida, la mejor forma de demostrar que el inmediato pasado está superado y la infancia ha quedado atrás es realizar acciones dignas de mención que a la par que les permiten el juego y el aprendizaje tengan un marcado componente de transgresión que les separe de ella. Aprender jugando en este juego de verdad es, en cierto sentido, traspasar límites que antes estaban vedados y que posiblemente (?) hoy, en la nueva situación, lo siguen estando. De hecho, en estos primeros meses, antes que la experimentación, lo que se da en los jóvenes es la transgresión — o un cierto sentido de ella— y la manifestación concreta que adquiere tiene que ver con vivir el ocio y la diversión durante el día pero, sobre todo, durante la noche en un tiempo exclusivo y autónomo — fuera de las miradas de los adultos— que es compartido con los amigos, conocidos —y desconocidos— en espacios públicos agregadamente utilizados los fines de semana; por ejemplo: en la calle, en bares, púbs, discotecas,... Es decir, diversión nocturna, amigos y expresividad (relacionarse en público) son las formas que utilizan los jóvenes en los primeros meses, y años, para plantearse retos a ellos mismos, a los otros jóvenes y a la sociedad adulta.

“— Lo general es, lo general no lo normal, pero lo general es salir por la noche y no sé qué. Y, ¿a qué hora llegaste? a las siete. ¡ Jo yo a las ocho! Y eres mucho más guay porque llegaste a las ocho. ¡ Tío, no! Pero bueno. — Pues yo creo... — Pero cada vez que creces y... - Que sigue siendo la imagen que tenemos ya desde los 16 años. — De los quince. Sí, de salir a los quince”

(GD1, 7. 15-22 años).

Para ellos salir es la palabra clave como precondition para la diversión⁶. Salir es la oportunidad inmediata de sumergirse en un tiempo autónomo en el que, como posibilidad, pueden realizar actividades que significan una cierta vulneración del orden y el control social. Y, sin embargo, esas transgresiones que están muy localizadas a estos primeros meses y años, no pueden ser tomadas como acciones en contra de nadie pues, más bien, son un espacio de ruptura y búsqueda, una forma de empezar a medirse, reconocerse y reconocer a los otros, chicos y chicas. Una suerte de transgresiones rituales de carácter festivo que son muy necesarias para aprender a controlar la cultura del propio límite. Sin embargo, también hay jóvenes que contestan a este estado de cosas. Para ellos, no es tanto no salir, o salir menos, como el bascular las horas de diversión algo más hacia las horas diurnas.

“— Pero yo sigo saliendo a las cinco la tarde. Y claro, yo a las tres de la mañana yo estoy roto. Y claro me dicen: ¡ ah!, ¿cómo llegaste a las tres?, ¿tan poco?, y tal. Si, pero es que yo salí

el doble que tú. Tú saliste a las once y tal. ¡ Bueno son, son tonterías!, ¿no?”

(GD1, 7. 15-22 años).

Cierto que para el resto de los jóvenes la diversión está más asociada con la noche que con el día y un relativo “descontrol”. Aunque se entienda que haya otros jóvenes, chicos y chicas, que no les guste salir (por la noche) se sigue insistiendo en la asociación entre diversión y noche. Así, cuando hay determinadas prácticas prestigiadas al nivel social, y más entre los jóvenes, los estereotipos y las imágenes unificadoras (jóvenes: diversión-noche) son más fáciles de acarrear.

“— Yo conozco gente que no le gusta salir. Y bueno, me parece estupendo. A mí me encanta. Yo, es verdad, yo si el estereotipo es ese, yo debo de dar la clave, o sea, me encanta”

(GD1, 8. 15-22 años).

Dada la importancia que tiene para ellos, salir ha sido y está siendo para la mayoría de los jóvenes una suerte de “conquista” con respecto a la sociedad adulta y, más en concreto, con relación a los padres. Salir, y salir muchas horas, durante la noche tiene su momento (en la vida) y ello aunque es respetado, o tolerado, por los padres exige negociaciones cuando no discusiones continuas.

“— Pero eso lo bueno ye decírselo, tío. Se lo dices y punto. ¿Cuándo vas a salir?, con treinta años o con cuarenta.

— Claro, joder, luego ya.

— Porque te crees que hay broncas en mi casa casi todos los días”

(GD7, 16-17. 16-18 años).

“— Y me parece que precisamente los jóvenes tienen que vivir su época, ¿eh?. Y su época también es la época de salir por la noche, de desfasarse, de la música tecno, de la música underground, de salir por la noche y conocer experiencias”

(GD, 11. 17-21 años).

Es indudable que el salto de ciertas barreras y de algunos límites forma parte de aprendizajes imprescindibles para los jóvenes. En ese sentido, estos comportamientos transgresores no cabe duda que están así definidos a partir de nuestro propio contexto sociocultural que, dentro de una cierta flexibilidad, posibilita las formas desde las que los jóvenes traspasan las delgadas líneas rojas que limitan el terreno del riesgo. Otra cosa

6. Nueve de cada diez jóvenes españoles entre 15 y 17 años salen de noche los días de los fines de semana, aunque no todos. Sin embargo, la mayor frecuencia se da entre los 18 y los 20 años con un 98% de los jóvenes que salen más o menos asiduamente. Javier Elzo, 2000, p. 105.



es que estas no sean las únicas maneras posibles en razón del contexto y que podamos pensar que los jóvenes podrían conseguir, como de hecho a veces pasa, los mismos resultados a partir de asociaciones más inocuas y menos peligrosas que la ya sabida de la noche-alcohol-drogas y coche (en su caso) sin perder el sentido de la transgresión y aventura.

“— Pero, lo... lo de los fines de semana es una movida. Porque empiezas yendo al Tik ahí, pillas unas borracheras que bueno, empiezas yendo al Tik y tal, pero es que luego nunca te conformas con nada nun... — Qué va, qué va. — O sea, nunca te... Joder, empieza yendo al Tik, después ya, te dejan salir de noche y buag, sales de noche y... y cuando te cansas de... de noche, buag, te vas a una fiesta y puff, es que te desfasas, es que desfasas”

(GD7, 14-15. 16. 18 años).

Con el material de investigación que disponemos es muy significativo como una parte importante de los jóvenes de Gijón en estas edades iniciales de la juventud tienden, al menos durante cierto tiempo, a usar algunas drogas pero sobre todo el alcohol como vehículo de esa transgresión.

“— Por ejemplo, una cosa que me parece más preocupante es, los adolescentes, o sea lo... la primera adolescencia que se llama, los más jóvenes y tal: el típico salir. Pero es que es salir para beber: o sea, no sales, bebes e igual te emborrachas, si no sales para emborracharte, ¿no?”

(GD3, 5. 17-21 años).

En cualquier caso el problema comienza cuando algunos de ellos no saben diferenciar, o administrar, la participación en estos juegos que por momentos dejan de serlo y comienzan a ser un problema: “controlar o desfasarse”, se apunta diferenciando a los que, por momentos, no ha sabido reconocer el sentido del propio límite. Todo esto se señala en los discursos en la medida que los grupos de discusión no dejan de ser una práctica que llega a funcionar como una situación social en la que la extensión creciente (cuanto más mejor) de las horas de diversión dotan de prestigio y estatus a los jóvenes.

Por eso, no es raro que se establezcan retos sobre la duración del tiempo de diversión relacionándolo con el mismo consumo (y abuso) de alcohol y el consumo de otras drogas. Si bien, a veces esos mismos consumos tienen, también, el objetivo más instrumental de aguantar las largas horas (y días) que puede durar la diversión en lugares cerrados, ambiente cargado y música fuerte.

“— Yo que salgo de viernes y llegó de lunes a casa.

— ¡ Yo, igual... no me puedo ni levantar!

— Yo por ejemplo, en ese aspecto..., pero teniendo los padres que tengo, les digo que voy a dormir en casa de una amiga y me quedo fuera de casa”

(GD7, 15. 16-18 años).

“— Te metes ahí dos horas... te metes ahí dos horas sin metete nada tío... — doce horas y tal... — Tú te metes allí dos horas, sin meterte nada; y bueno, cuando eso... bueno, sales loco, dices tú: bueno, voy pa casa que puff. Pero, ye normal tío. — Pero, también... El peri ye pa lo que ye, osea, ye pa lo que ye”

(GD7, 11-12. 16-18 años).

Ciertamente, aunque está claramente observada en las conversaciones la legitimación que en el tránsito de los primeros tiempos de la juventud tienen las drogas ilegales — para ciertos grupos de jóvenes— pero sobre todo el alcohol, después de la veintena el consumo de las primeras desciende notablemente y, en general, el de alcohol disminuye o, al menos, su consumo no tiene un carácter tan compulsivo. El alcohol entonces se puede utilizar para “coger el puntito”, es decir, como forma rápida de llegar al nivel de fluidez social que los jóvenes piensan requieren esas situaciones de diversión.

Aprender a medirse y controlarse es muy importante y en ese sentido los jóvenes, chicos y chicas, remarcan la importancia que para ellos tiene el evitar situaciones que a menudo ven los fines de semana y suponen, además del consiguiente menoscabo personal, la conciencia de pérdida de posibilidades de diversión: “andar tirado por ahí” o “andar pedo”. Y, en fin, todo esto está relacionado con la desaparición de los componentes más transgresivos que después de esos primeros años acaban por dejar paso a la experimentación en la que las experiencias no están tan asociadas con el riesgo y la vulneración de las reglas y sí con la exploración autónoma de sus posibilidades vitales.

“— No, yo por la noche bebo agua, botellines de agua, ¿oíste?... — Hombre, eso y a mí también...

— No, no, yo por la noche, yo por la noche, claro.

— Yo antes bebía mucho alcohol, ahora ya no, ahora ya... (...).

— Pues, yo sino bebo no me... por lo menos un cachi tengo que beber.

— Joder, yo alcohol...

— ¿ Tomas algo tío?



— Empiezo bebiendo mocho, pero bebo un mocho y ya acabé, empiezo a ponerme ya, y a agua porque que va, no me llama... — No me llama el alcohol.

— Con el mocho empiezas a jugar a la... — Es que a mí no me mola andar tirao por ahí... ”

(GD7, 23-24. 16-18 años).

Como incorporación definitiva a la juventud, la etapa post-transgresora de los jóvenes es una inmersión en el mundo de lo público compartida con el grupo de iguales que dista de ser una actividad rutinaria, sin más, que no tiene consecuencias. Antes bien, es en ella cuando comienzan a asentarse los variados procesos sociales de formación de grupalidades y redes sociales más amplias con las que los jóvenes de Gijón van estableciendo mecanismos de identificación y discriminación. Es decir, experimentación, ensayos vitales, construcción autónoma de la existencia a partir de diversas piezas que se van acoplando con más o menos rapidez y en la que sucesivamente se manejan nuevas informaciones de carácter práctico⁷. En cualquier caso, aprovechamiento del tiempo en un proceso de aprendizaje experimental.

“— Y yo lo que quiero vivir en mi juventud: son experiencias personales y equivocarme y disfrutar de... eh..., ser consciente de los errores que cometo para no volverlos a cometer. Pero que cuando tenga cuarenta o cincuenta años diga: ¡joder!, este chaval se ha equivocado pero ha vivido la vida, ¿eh?”

(GD3, 11. 17-21 años).

Estos procesos experimentales no dejan de ser compatibles con la búsqueda individual de una identidad que en estos años está muy relacionada con la caracterización personal a partir del ensayo y la prueba, dentro de sus abanicos vitales, con variados grupos de referencia. En efecto, en general son una diversidad de referentes no cerrados, relativamente coherentes entre sí, los que los chicos y chicas van integrando en su mundo individual y grupal haciéndoles más flexibles. En ese sentido, las estructuraciones grupales — reales, simbólicas y expresivas— son muy ricas y utilizan como marcas externas y códigos combinados los variados consumos significativos para ellos (pues el mercado les oferta otros muchos) a los que normalmente acceden o pueden permitirse acceder: la música, el tipo de diversión y lugares para ella, el consumo cultural, la ropa, los consumos de alcohol y drogas; y, por supuesto, los barrios de Gijón en los que habitan.

Es mediante esta labor de autoconstrucción y estructuración grupal, real y simbólica, realizada en estos primeros años — que ya siempre será referencial— desde donde se van a establecer, posteriormente a lo largo del periodo de juventud, procesos de identidad más definidos y estables⁸.

El alcohol y las imágenes de Abierto Hasta el Amanecer

Hemos visto, pues, que el consumo de alcohol (y de otras drogas) es necesario abordarlo en el contexto de estos procesos de transgresión y experimentación vital que tienen lugar en este primer tramo de la juventud. Desde este punto de partida, como bien se sabe, con el alcohol se produce una situación social de ambivalencia normativa a la que los jóvenes no pueden ser ajenos: forma parte de nuestra sociedad y, por tanto, de las vidas de los jóvenes y, generalmente, sigue siendo considerado indispensable en toda fiesta y ellos — como cualquiera otro colectivo social— son incitados y se incitan entre sí para acompañarse en la bebida. Si a esto unimos el factor añadido de transgresión que supone en momentos concretos, no es difícil entender la relación de los chicos y chicas con el alcohol⁹.

“— Y, y, y ser conscientes, de que la cultura del alcohol, por ejemplo, está muy presente en la sociedad, ¿no?”

(GD3, 9. 17-21 años).

“— Pero me parece un poco de cinismo, en..., a ese respecto, ¿no? Nuestros padres beben, nuestra familia bebe, nuestros amigos beben y todos bebemos. Y todos fumamos, y todos a veces hemos fumado hasta drogas incluso, ¿eh?”

(GD3, 9. 17-21 años).

Por otro lado, cuando surge la alarma social por factores relacionados directamente con su consumo (precocidad de uso en los adolescentes) o por algunos otros que sólo lo tocan de manera indirecta (“invasión” de lugares públicos por el “botellón”) es cuando surge el otro lado de la ambivalencia (“no consumas”) tendiéndose a estigmatizar a aquellos que lo consumen o, en su caso, realizan consumos abusivos.

Así, dada esta relación entre la búsqueda de la identidad juvenil, la transgresión, la diversión nocturna y el consumo de drogas ilegales pero sobre todo de alcohol, es necesario seguir insistiendo en la información pluralista sobre los usos y abusos del alcohol y otras drogas y en la posibilidad de actividades autónomas que disocien — de forma no-moralista y paternalista— la diversión de los consumos abusivos¹⁰. Para ello, es preciso no olvidar que los jóvenes construyen sus modelos de comprensión a partir de la propia experimentación y, en ese sentido, toda la información recibida es traducida y reelaborada autónomamente.

“— Y que lo que sí, sí tienen que tomar conciencia los jóvenes es de lo que beben y de lo que hacen y evidentemente de por qué lo hacen, ¿eh? Y eso es así, y deberías... o por lo menos debería serlo así”

(GD3, 9. 17-21 años).

7. Lamo de Espinosa, 1996, 118 y ss.

8. Ver, en general, la parte IV de este informe. Ver Javier Elzo, 2000, pp. 145-146.

9. A pesar de todo, uno de cada dos jóvenes entre 14 y 24 años no beben alcohol normalmente, con lo que ha ido descendido la proporción de bebedores con respecto a hace unos años. Sin embargo, la ingesta de alcohol ha aumentado a partir de la otra mitad de jóvenes que consumen en cantidades considerables los fines de semana. Ver Josune Aguinaga y Domingo Comas, 1997, p. 89.

10. Miguel Arenas, 1999, p. 72 y ss.



“— Lo lógico es saber un poco como encauzar un poco la, la cultura del alcohol, ¿no?”

(GD3, 3. 17-21 años).

“(…) — una campaña que hacia los jóvenes sí se tendría que hacer: eh... concienciar sobre lo que se hace y sobre lo que no se hace. Pero en ningún momento decir si lo que se está haciendo es bueno o es malo, porque ya es... no sé, pues entrometerse un poco en las costumbres y, y en las conductas de, de las personas y de los jóvenes”

(GD3, 4. 17-21 años).

Por eso, no es sólo llegar a ellos a través de canales formales provenientes de las clásicas instancias socializadoras de los espacios inclusivos (familia, escuela,...) sino que, más bien, se trata de incidir a través de lo informal, con la mediación conveniente, a través de los espacios exclusivos donde se concentran las actividades de ocio, diversión y los estilos de vida¹.

Al respecto, es remarcable la positiva valoración que la generalidad de los jóvenes realizan de experiencias pioneras de ocio alternativo como Abierto Hasta el Amanecer — impulsada por el Ayuntamiento de Gijón—, haciendo un esfuerzo por disociar, desde la perspectiva de los jóvenes, la diversión y el ocio con los usos abusivos del alcohol y otras drogas que se pueden consumir. No obstante, dado el proceso de paso, incorporación e iniciación, en esta primera fase nos interesa focalizar brevemente nuestra mirada en las opiniones y posiciones que los más jóvenes tienen con respecto a esta experiencia, como potenciales o efectivos participantes, intentando ver las posiciones existentes que gravitan entre lo asertivo y lo crítico, sin olvidar los contenidos más importantes de las trabas que se le formulan. Partiendo, pues, de la buena valoración inicial que se tiene sobre esta experiencia desde los jóvenes, se trata de orientarse en los problemas que algunos de ellos le ven pero también perfilar algunas de las imágenes que proyecta hacia los chicos y chicas de Gijón.

Así, el que *Abierto* no se presente por los organizadores e impulsores como una “alternativa a la totalidad” sino más bien como un espacio y tiempo complementario junto a otros y otras actividades de diversión es algo que los jóvenes aprecian. Sin embargo, aquellos de menor edad para los que la diversión aún tiene un componente transgresivo inseparable de las salidas hasta altas horas de la noche e, incluso, hasta ver amanecer, el problema de *Abierto* es, precisamente, que acaba demasiado temprano. Desde que en los años ochenta la diversión se comenzó a asociar con las crecientemente extendidas salidas nocturnas, esa tendencia no ha hecho sino aumentar hasta límites insospechados, de tal forma que, como hemos visto ya varias veces, esta es una de las “pruebas de fuego” que chicos y chicas deben pasar. Por eso, *Abierto* es valorado y criticado desde algunos jóvenes por la misma razón: por su sentido no acaparador, o limitado, respecto de la noche y sus horas.

11. Josune Aguinaga y Domingo Comas, 1997, p. 233.

(Hablando de Abierto Hasta el Amanecer)

“— Lo que pasa aquí es que me parece que terminan bastante pronto.

— Hay tres al año.

— Cuatro.

— Bah, está bien, está de puta madre.

— No, no me refiero a eso. ¡ Digo la hora! Que... — Cuando termina — Sí, por ejemplo, que te apetece... — ¡ Ya!, que tenía que continuar. — Quedar por ahí, tal...”

(GD7, 54. 15-17 años).

Cierto que los jóvenes más críticos con *Abierto* son, precisamente, aquellos que no dejan de percibirlo como una alternativa excluyente atribuyéndole el objetivo de acaparar la noche pasando por alto la variedad de formas y sentidos de diversión y ocio en las que es posible participar durante esas horas. El resto de chicos y chicas contestan y matizan esas críticas (“¡ Es que creo que te tomas demasiado en serio *Abierto Hasta el Amanecer!*”) desde el principio de la utilidad preventiva de esta experiencia de ocio alternativo a la que, además, muchos jóvenes se están sumando. Si bien — se matiza— *Abierto*, en efecto, no puede tener la pretensión de ser una experiencia sustitutiva sino, más bien, algo complementario junto a otros espacios y tiempos de diversión, entretenimiento y ocio.

“— Yo discrepo de que eh... *Abierto Hasta el Amanecer*, por ejemplo, no sea útil. Yo creo que, si llega a los jóvenes, sí se utiliza. Lo que pasa es que sí tienes razón en que para nada sirve como sustitutivo de, de ese ocio, ¿no? O sea, porque las pruebas están ahí, de que ves por la noche colegios donde hay peña jugando al fútbol y todo eso. Que bueno, a lo mejor no es muy cultural, pero ¡ bah!, sí está bien”

(GD3, 4. 17-21 años).

Cuando a través de la conversación y el debate en los grupos de discusión se llega a reconocer y a fijar la posición complementaria de *Abierto*, hay otras argumentaciones que no incidiendo ya en el sentido general de su formulación se proyectan hacia una fundamentada crítica metodológica y de contenidos. Lo cual no deja de ser ilustrativo en la medida que sitúa los términos de la discusión en el debate social más general expresado en pares antagónicos (y su posible modulación) que deben articular de forma autónoma sus experiencias de diversión y ocio. Hablamos de la relación entre el control y el descontrol; hablamos de no asociar obligadamente, y siempre, la diversión con toda la noche y poder elegir hasta una hora concreta de su transcurso; hablamos de legitimar las posibilidades de elección entre tomar o no tomar alcohol y, también, otras drogas; hablamos, en su caso,



de distinguir a través de la información entre usos y abusos de esas sustancias legales e ilegales en esas horas de diversión,...

Dicho de otra forma, los jóvenes aprenden a modular las relaciones entre esos pares (hay otros equivalentes) a través de la propia experimentación realizada de forma autónoma^{1 2}. Por tanto, la valentía y el riesgo de proyectos como *Abierto* está relacionada con su ubicación y ayuda en el espacio donde se dan las decisiones y elecciones sociales y personales soberanas de los jóvenes, chicas y chicos. Y, en efecto, en ese delicado lugar algunos jóvenes la llegan a percibir portando un cierto sentido de control.

“— Abierto Hasta el Amanecer, que las actividades, siempre tienes un montón, que quieras que no, pues como que te está controlando en cierto modo, pues va, que tampoco te hace mucha gracia”

(GD3, 7. 17-21 años).

Así, al atribuirle ese sesgo de control y una cierta “vocación cursillista”, *Abierto* se acaba por contraponer al ocio que, como sabemos, es la forma de emplear el tiempo como se quiera. Por eso, para los jóvenes que sustentan esta posición, antes que una actividad de diversión se trataría del intento de trasladar actividades organizadas que normalmente se realizan durante el día, hasta la noche. Y de rebote ello tendría efectos perversos para los bebedores de alcohol pues se acortarían los tiempos de consumo desde la salida de las actividades hasta la vuelta a casa.

“— Que sería, si la gente sale desde las once hasta las cinco de la mañana, pues imagínate; que te pones a echar un partido de fútbol a las once de la noche con el frío que pela por la noche, y después con..., después de eso eh. Encima vas consumir tantos cacharros a una velocidad mucho mayor que si salieses a las once de la noche. Es totalmente absurdo, ¿no? Eh...”

— Perdon, perdona. ¿Que crees, qué no debe haber limitaciones para nada?

— Me parece que el ocio tiene que ser absolutamente libre. Porque precisamente el ocio está para divertirse. Para, para desarrollar lo que no haces cuando estás trabajando”

(GD3, 8. 17-21 años).

Indudablemente, el origen institucional influencia las opiniones por más que quienes llevan a cabo las actividades concretas sean igualmente jóvenes contratados para ello desde las organizaciones responsables. De la misma forma, aunque con otro sesgo —y avanzando en algunas de las imágenes que los jóvenes tienen de *Abierto*— no es raro que se le lleguen a atribuir características excesivamente perfiladas hacia las funciones

correctoras y educativas para jóvenes que necesitarían un apoyo difuso para tratar de disociar las actividades de diversión con el consumo de alcohol, o su consumo abusivo, y la ingesta de otras drogas. Así es como lo señala una de las chicas en uno de los grupos de discusión que parece no haber participado en alguna de las actividades de *Abierto*.

“— Sí pienso, que por ejemplo, el proyecto Abierto Hasta el Amanecer yo creo que está un poco encauzado a aquellos jóvenes que a lo mejor hum..., no lo sé, siguieron una trayectoria un poco..., entre comillas, no correcta. Y entonces, a lo mejor hum... hacen esos sitios para que, para que empleen el tiempo en hacer... en que, en que se diviertan y vean las cosas de forma un poco más... Es un estilo como de educar a la gente”

(GD3, 5. 17-21 años).

En ese proceso de proyección de imágenes existe también una cierta distorsión volcada hacia el lado contrario (aunque sea rápidamente contestada): *Abierto* sería poco menos que un club juvenil de abstemios que no saben que hacer el fin de semana y que no hacen lo que todo el mundo (?), es decir, salir en los términos que ya conocemos.

“— Pero, es que lo de Abierto Hasta el Amanecer está muy bien pa la gente que por ejemplo, ni bebe, ni... fuman, ni... — ¡ No tiene nada que ver eso! (...) — Y le gusta hacer otras cosas que no sean salir por ahí de baretos los fines de semana. Está bien para ese tipo de gente. Porque hay gente que no sabe que hacer un fin de semana, o (no) hace lo que hace todo el mundo que es salir por ahí...”

(GD7, 55. 16-18 años).

Como se ve, una vez más, queda patente el problema social complejo que supone la droga y más concretamente una droga legal como el alcohol que ya desde el mismo nivel informativo termina por distorsionar, según las distintas posiciones de los jóvenes, las imágenes de este plan que intenta ofrecer alternativas parciales a espacios y tiempos de los jóvenes que disocian en grado cero la diversión de los usos y abusos de las drogas legales e ilegales.

Apuntes sobre las actividades en los tiempos compartidos: percepciones y posiciones ante la enseñanza

Más allá de los espacios dedicados en líneas precedentes a los niveles de escolarización y formación con relación a los grupos sociales de jóvenes de Gijón^{1 3}, cabe aquí detenerse en las posiciones, en este lapso de edades, respecto a la enseñanza reglada. Dicho de otra forma, intentar registrar cuales son, en estos temas, las preocupaciones principales de índole colectivo expresadas por estos jóvenes, desde su

12. En esta frase para recalcar la importancia de la autonomía de la experiencia vital hemos caído conscientemente en un pleonasma pues, como se comprenderá, la experiencia vital sólo puede ser propia y autónoma.

13. Ver capítulo V, apartado 3, de este informe.



experiencia presente o, inmediatamente pasada, en el desarrollo de las conversaciones que tuvieron lugar en los grupos de discusión. Así, las inquietudes manifestadas se articulan en torno a tres temas básicos que desgranaremos a la luz de sus aportaciones discursivas: la posible y anunciada fragmentación de itinerarios escolares en edades tempranas¹⁴, la confusa ambivalencia conflictiva entre enseñanza instrumental y aprendizajes y enseñanzas más globales y, al fondo, la expresión del fuerte debate social que desde hace años acontece entre las posibilidades/limitaciones de las enseñanzas pública y privada.

En primer lugar, la fragmentación de itinerarios educativos en edades tempranas porque, de inicio, separa los alumnos desde corta edad (14 años) y, después, les responsabiliza —a ellos y sus familias— de una suerte de elecciones (explícitas e implícitas) que deciden y confirman prematuramente trayectos que, dado lo que hasta ahora conocemos, se conformarán como más o menos legítimos escolar y socialmente. Al suponer y confirmar unos trayectos educativos diferenciados expresamente a tan cortas edades lo que se hace es dar el pie a que se “ajusten” más eficaz y precozmente las expectativas y elecciones a las posibilidades (más y menos valoradas y legítimas) de los jóvenes y sus familias. Además, si tenemos en cuenta que, precisamente, una de las asignaturas pendientes (demandas) para todos los jóvenes de Gijón, tanto desde el plano escolar como del laboral, es la orientación a los correspondientes niveles (escolar, formativo, profesional, laboral)¹⁵ — más necesaria cuanto menos relación histórica con el sistema escolar se haya tenido (clases bajas y medias-bajas)—, se pueden entender las razones de estas objeciones a las iniciales “bifurcaciones” educativas.

Para estos jóvenes, afrontar los problemas reales que tiene actualmente la Educación Secundaria Obligatoria debe ir más allá de estas medidas que más que acudir a las causas y origen del problema — como la existencia de fracaso escolar desde cortas edades— lo legitiman con la autoridad del sistema desde la separación física de contenidos y simbólica de los discentes.

“— ¡ Ya! Si es que llega a tal punto de... de medidas nuevas, que por ejemplo se suponen que entrarían bueno pues en dos días, ya. Como lo que llaman ahora la Ley de la Calidad de la Enseñanza, que se supone que tú con catorce..., o sea, establecer pues como tres caminos, ¿no? Cuando tienes catorce años tienes que saber ya si vas a estudiar una carrera, si vas a hacer un ciclo o si lo vas a querer dejar. O sea, esa gente con dieciséis años que va a dejar de estudiar; luego, ¿qué panorama se va a encontrar? (...).”

“(...) — y llegará un momento en que la educación en este país si ya es mala pues será ya: o sea, ¡ patética! Porque es que ahora, yo creo que es patética ahora, o sea que imagínate si empiezan a meter estas cosas”

(GD3, 45. MB-B, 17-21 años).

En el contexto de las conversaciones, son reflexiones terminadas en preguntas que, yendo más allá de lo personal, no dejan de expresar la incertidumbre sobre los resultados de esas posibles medidas fragmentadoras entre los alumnos y, por ende, entre los jóvenes. Un marco de igualdad — se señala— debe partir de una educación igualitaria para todos en los niveles obligatorios (“cultura general”, la llaman en este trozo de discurso) siendo a partir de ahí cuando se deben realizar las elecciones de trayecto. Existe la sospecha para algunos jóvenes de que a partir de los diversos itinerarios anticipados a los 14 años se quieren clasificar, desde la legitimidad que procura la misma sanción escolar, las propias diversidades sociales jerárquicamente ordenadas con su reflejo en la estructura laboral. Así, aquellos que menos medios, disposiciones y preferencias hacia lo escolar tengan —ceñidos, ellos y ellas, a la escolarización obligatoria— estarán expuestos a los trabajos más descualificados y precarios, por contraste con los que cuentan con medios económicos para recualificarse en los mercados privados y, asimismo, con mayores capitales familiares y relacionales. Son ejemplares, en este sentido, las reflexiones de una de las chicas participantes en uno de los grupos de discusión.

“(...) — No sé, yo pienso que todo el mundo debe tener una cultura general; y luego a partir de ahí, ir encauzándote, ir hacia una manera u otra.

— Que lo que están intentando es, como hay poco trabajo, que la mayoría de la gente no estudie. Entonces, una minoría a... analfabeta que no le queda más huevos que hacer trabajos de burros, de estar muchas horas, porque no va ha tener otra opción. Y luego, una mínima gente acomodada, que tenga dinero o que se pueda pa... que se pueda pagar academias privadas, se pueda pa... hum... pagar carreras. Entonces esa gente es la que va a salir a flote; pero va a salir a flote porque tiene a alguien detrás que le ayuda; y entonces ellos ayudarán a sus hijos. Y al final, o sea, ¿en qué va a acabar la situación?”

(GD5, 17.MB-B, 16-21 años).

Pero la separación no sólo tiene efectos en una especialización de conocimientos que se encierra en sí misma¹⁶, o en la correspondencia entre disposiciones, expectativas y posibilidades o, finalmente, en la misma ordenación social, sino también, y antes que todo, en la clasificación (física y simbólica) que se da entre unos y otros jóvenes que resultan, por un lado, separados del resto (de la normalidad) e incluidos, por otro lado, en el espacio de los incapaces para seguir el otro trayecto. Más allá de la desigual validez social real que tienen ambos cuerpos de conocimientos y capacidades (científico-humanísticos y técnico-profesionales) al uniformar los grupos se acaba por dificultar las relaciones entre distintos perfiles sociales de jóvenes con distintas disposiciones que, por otro lado, no tienen porque ser definitivas a esas edades.

16. Edgar Morín, 2000, p. 14.

15. Esta necesidad de orientación tiene, por otro lado, una base objetiva debido a las variadas posibilidades de estudios, trayectorias profesionales y nuevas profesiones surgidas en los últimos años. Ver Joaquín Casal, 1998, p. 48 y ss.

14. Cuando se celebraron estos grupos de discusión acababa de anunciarse la reforma educativa de las enseñanzas no universitarias (Ley de Calidad de la Enseñanza) y sus contenidos medulares, de ahí que los jóvenes realizaran estos pormenorizados comentarios. Por otro lado, pocos días después de la redacción de estas páginas (11-2-2002), el Gobierno presentó esta anunciada reforma educativa.



Se puede expresar de varias maneras pero aquellos jóvenes que no hace mucho han pasado por esas edades lo hacen a partir de calificaciones (no exentas de emotividad) que, en todo caso, quieren denotar esa separación entre los más y menos capaces en aptitudes.

“— Y que después estén separando a la gente que... o sea, a los vagos, de la gente que... que estudia más. O sea, y están haciendo como los buenos y los malos. Y claro, si meten vagos... vagos, a tos los vagos, pues eso no lo veo normal porque van a seguir siendo más vagos. O sea, si meten a la gente todos juntos; pues yo no veo que vaya a ser mejor porque se acostumbran. Eso yo lo veo mal”

(GD7, 2.B-MB, 16-18 años).

En segundo lugar, la ambivalencia conflictiva entre enseñanza y aprendizaje porque existen desajustes entre los conocimientos proporcionados y las expectativas sociales hacia la enseñanza que se balancean entre los conocimientos más globales y los más instrumentales con interferencias (positivas) sobre la necesidad (inferida) del aprendizaje de capacidades cognitivas, organizativas y expresivas en esta sociedad de la información en la que hoy nos encontramos¹⁷. Así, en la misma dirección que se viene señalando desde más atrás, lo primero de todo es que existe un conflicto entre globalidad y especialización.

Para algunos jóvenes el paso desde el BUP a la ESO significó añadir más materias pero sin posibilidad de ser abordadas con la suficiente profundidad, con lo que más que los necesarios aprendizajes cognitivos se estaría primando una enseñanza de conocimientos excesivamente instrumental y atomizada.

“— Y estoy viendo que en la ESO eh... cuando entré, vi que ya tenía dos asignaturas más que en el BUP tradicional. Y... Pero no... O sea, no quiero decir que fuera más difícil que el BUP tradicional. To lo contrario, ¡ era más fácil! Lo que pasa que al ser más, te obligabas a es... O sea, es como el que mucho abarca poco aprieta, ¿no? Entonces estudiabas más, pero aprendías menos”

(GD3, 19. 17-21 años).

Pero conforme se produce el avance en el sistema educativo (bachiller) la presión más instrumental para la formación enfocada hacia el mercado de trabajo se hace patente. Es entonces, no sin conflicto, cuando los jóvenes se interrogan por las utilidades de algunas de las materias pues, en un sentido, intuyen que los conocimientos globales son necesarios para la formación más integral de la persona y, también, para contextualizar los mismos conocimientos particulares que se van adquiriendo y, en otro, existe la tentación de ir soltando lastre conforme el objetivo laboral personal se va conformando. “Prepararse para el futuro” significa para ellos efectuar una escala de valoración de materias determinando

que es lo necesario separándolo de lo contingente. Por otro lado, también es patente algo que a veces se señala: la LOGSE no ha conseguido que en la realidad de los centros escolares los alumnos puedan cursar las materias optativas elegidas. Ello no deja de influir, por añadidura, en esa tensión entre lo global y lo instrumental en la que lleva años desgarrándose la enseñanza y, más en concreto, la enseñanza pública.

“— Vale, son asignaturas: muy bonitas, muy de cultura general. Pero eso a mí; no me va a preparar para un futuro (...).

— Pero, es que la mayoría de las asignaturas que estoy estudiando; no van a valer para nada (...).

— Bueno, las optativas que tengo este año son de ciencias y yo voy por letras puras. O sea, eso ya es la bomba. Porque yo pedí literatura; pero resulta que éramos quince los que pedimos literatura y no convenía. Y no convenía. Entonces nos repartieron ahí de mala manera (...)

(GD5, 16. 16-21 años).

De acuerdo a la línea que hemos venido desarrollando, es preciso reconocer el relativo descenso en importancia que tiene la escuela en la formación de los jóvenes y la consiguiente autonomía adquirida por éstos, no sólo con relación a la cultura escolar sino también con la familiar. Por ello, acercar la enseñanza a los jóvenes no es tanto encerrarse en la dicotomía de los conocimientos instrumentales frente a los globales o en acumular conocimientos rápidamente sujetos a la obsolescencia. Más bien se trataría de tender a un tipo de enseñanza que ayude a los alumnos en el aprendizaje de capacidades cognitivas, también de capacidades en organización de la información, como también en las capacidades expresivas.

Finalmente, y en tercer lugar, el debate de las posibilidades-limitaciones entre las enseñanzas pública y privada porque ello, al igual que al resto de la sociedad, inquieta a los jóvenes de éstas edades, articulándose un discurso naturalista y normalizador que justifica las preferencias y elecciones hacia la escolarización-formación privada, no tanto a partir de presupuestos ideológicos como desde su eficacia global. Y, por supuesto, en el telón de fondo está discernir entre los chicos y chicas cual de ellas aporta más posibilidades educativas y sociales con la consiguiente incertidumbre que ello genera en aquellos que no accedieron a la enseñanza privada en primaria o secundaria. Pero antes de eso, conviene situar en perspectiva la relación escuela-formación pública-privada y recordar que la financiación y existencia de los centros privados concertados estaba supeditada, y sólo así, a la necesidad de complementar a la escuela pública. Este principio se ha olvidado y, por diversas causas, la escuela privada está sustituyendo a la escuela pública en una competencia desigual.



“— Porque hay colegios públicos donde sobran aulas, ¿eh?. Donde hay aulas que están vacías, ¿eh? Bueno, el, el criterio que siempre se mantuvo, para... para los colegios concertados es que siempre que fuesen necesarios. Mientras no fuesen necesarios: ¡ la escuela pública! (...)

(...)— ¡ Ahora hay una polémica con los colegios concertados! ¿eh?”

(GD3, 24.MB-B, 17-21 años).

A igualdad de condiciones reales la libre competencia estaría justificada así como los resultados de las preferencias. Pero la situación a la que se ha llegado — también en Gijón— es a un mapa educativo en el que existen centros privados financiados por el Estado que compiten con los públicos y esta situación estaría justificada, para algunos jóvenes, en la medida que muchas familias los han preferido y elegido para sus hijos.

“— ¿Qué pasa? Que ha habido un grave error. Porque aquí lo que se ha creado es una media burguesía y una conciencia de que voy al privado que es gratis, además porque lo paga el Estado, ¿eh?, aunque pueda ir al colegio público que está debajo de mi casa.

— Ya, pero es que si existe eso será por algo”

(GD3, 24.MB-B, 17-21 años).

Si hasta hace unos años la escuela y la formación pública se legitimaba a partir de una dimensión más integral en la que tenían cabida no sólo los aspectos más instrumentales sino también los culturales así como lo que atañe a la formación personal de los alumnos, ahora ya no ocurre así. La escuela privada trata de ocupar espacios, y legitimarse en ellos, que ya no están restringidos a lo meramente académico o a los resultados finales.

Más allá de la variada realidad que desde el necesario rigor nunca resiste diagnósticos únicos, lo cierto es que en estos discursos la enseñanza privada parece conseguir una creciente credibilidad extendida como opinión pública, precisamente, hasta los ámbitos más globales de la formación de los jóvenes en la institución escolar que siempre han sido desarrollados desde el principio laico en la pública: la cultura, la formación integral de la persona o el mismo conocimiento y aprendizaje con los *media*. La necesidad de conseguir unos conocimientos instrumentales calificados como prácticos imponían en la privada una sujeción a lo académico y un sentido de la disciplina que después, en los sucesivos niveles, se continuarían y, al final, facilitarían el acceso al trabajo y a la consiguiente posición social. Pero esto ya no basta. Se necesita mayor versatilidad y capacidad de adaptación ya que ahora no es suficiente sólo con los conocimientos.

“(...)— Yo por ejemplo, hum... no me quería ir del público, porque no quería. Pero noté muchas diferencias cuando llegué (a uno privado). Y no ya en el nivel académico ni nada de eso. Pero en lo que es, eh... formación como persona sobre todo y formación cultural, que eso sí que se nota muchísimo. (...)

(...)— Yo creo que en muchos aspectos hay gente que prefiere el privado no ya por cuestión de imagen o por cuestión de..., de religión o no, si no porque se ofrecen unas alternativas que no se están ofreciendo en el público”

(GD3, 25-26 .MB-B, 17-21 años).

Más allá de que el funcionamiento de la enseñanza pública no se puede generalizar pues depende más de cada centro y de la composición de los alumnos (y profesores), si que es posible encontrar causas de su relativa deslegitimación respecto a la privada. Así, cuando se sigue profundizando en el análisis, los jóvenes comienzan a poner en juego argumentaciones sobre la formación del profesorado, o sobre la misma composición del alumnado, que exige enfoques que aúnen lo común y lo diverso, y sobre los consiguientes y necesarios medios. Argumentado los jóvenes contra la visión precedente, afirman que el profesorado está más capacitado en los centros públicos que en los privados al ser, en éstos, los criterios de selección menos objetivos y estar más sujetos a preferencias sociales y culturales particularistas. Respecto a la composición del alumnado porque, de largo, es mucho más heterogéneo social y culturalmente en los colegios públicos y esto ya aminora las ventajas relativas a los docentes. Y respecto a los medios (en todos los sentidos pensables) porque siempre deben estar en relación temporal con las necesidades educativas articuladas a partir de la variedad social y cultural de los alumnos.

Esta diversidad que encuentran los centros públicos ya exige (al menos) la discusión sobre posibles nuevas estrategias educativas (por ejemplo, interculturales), más los apoyos y refuerzos extraordinarios, siempre tan necesarios cuando nos encontramos con alumnos de distinta procedencia cultural (por ejemplo, inmigrantes) y social. Cuando esto ocurre — como así parece— y los medios son invariantes, o muy lentos en llegar, se produce el deterioro de la escuela pública. El abandono político provoca, pues, un lento deterioro por inanición. Y, en ese sentido, no se puede hablar de que exista una libre competencia sino, más bien, de una competencia desigual en la medida que la escuela privada, por su homogeneidad compositiva en el alumnado (sobre todo), no debe llegar a plantearse estos debates y actuaciones que exige la diversidad.

“— Y yo creo que profesores eh... tienen un nivel incluso mejor el de los colegios públicos: se han sacado su oposición, se lo han currado, etcétera. Pero la educación que se da, yo creo que es totalmente diferente. En los públicos parten de una desventaja... — Pero también, es que les faltan medios. Por ejemplo, esto que hablas de la inmigración,



yo eso es que además lo vi... lo vivo de cerca y tal. Esa gente necesita una ayuda extra, por decirlo de alguna manera, ¿no?: necesitan más apoyo. Pero ¿qué pasa?, que los colegios públicos no se..., no pueden, o sea, no están dotados de los... psicólogos, ni los..., Bueno, otro tipos de ayudas: logopeda, tal. O sea, no tienen el dinero para ofrecer esa ayuda"

(GD3. 28. MB-B, 17-21 años).

Por tanto, la diversidad y la variedad compositiva del alumnado cuando no se dispone de los medios necesarios (en todos los sentidos) para afrontarla puede suponer un lastre difícil de llevar cuanto que, además, el ascenso y legitimación de una clase de enseñanza (la privada) está relacionada con la atribución estereotipada del deterioro de la pública que merma su crédito y deslegitima sus actuaciones ante algunas familias y algunos jóvenes. Es por ahí por donde se pueden entender estas opiniones y elecciones que, como se ve, solo miran el final del proceso.

"— Es que, según lo estás planteando a mí me da la impresión que dices como que los inmigrantes que pueden.... O sea, que el que haya un inmigran... que el que haya un grupo de inmigrantes en un colegio público puede hacer que retroceda el... el nivel de... de rapidez de... -Asimilación de asignaturas o de aprendizaje. ¿Es eso lo que estas diciendo?"

— Sí, yo sí lo creo. Sí, yo sí lo creo"

(GD3, 28. MB-B, 17-21 años).

La escuela y la enseñanza forman parte de la sociedad y, en ese sentido, las posiciones que se mantienen para una no se diferencian y son un reflejo para la otra. Como hemos visto, hay construcciones de los jóvenes en la enseñanza que se estructuran protegiéndose de la diversidad y, de la misma forma —más allá de las necesarias regulaciones en los flujos inmigratorios— se contempla la llegada de los inmigrantes al nivel social más global como una cierta amenaza con características de invasión ante la que habría que tomar medidas.

En ese sentido, así es como llegan a transmitirlo algunos de los jóvenes en el contexto del debate que estamos tratando de representar y que nos puede ayudar a entender sus posiciones un poco mejor.

"— ¡ Y yo voy a sufrir un retroceso en mi educación que no tengo por qué!.... — Yo eso no lo creo. Es que no.... — Que no tengo por qué... — Que no. Es que no creo que tengas que sufrir ningún retroceso... — Eso es un prejuicio" (p. 32).

"— Eh... eh... me parece absurdo. Es decir: ¡ no hay un retraso! No hay un retraso porque precisamente esa persona que viene de fuera lo que tiene es ganas de integrarse en la sociedad. Y el que no se integra se autodestruye a sí mismo, ¿eh?" (p. 32).

"— Bien, sí. Estoy hablando de la cantidad de gente que está entrando aquí en este momento... — A lo mejor necesitan... — Y estamos hablando de un problema yo creo, ya. A nivel... a todos los niveles. Estoy hablando a todos los niveles. Y yo creo que hay que tomar medidas. Hay que tomar medidas: muchas" (pp. 32-33).

"1)— En mi instituto, en mi instituto estudiábamos con gente con discapacidades psíquicas, ¿eh?, los que estaban además eh...: necesitaban apoyo extra para las clases. Y yo siempre saqué las mismas notas. Y daban las clases exactamente igual, ¿eh?... O sea, me parece, eso no, no, no es razón de ser. No, no tiene lógica... 2)— Lo que tampoco puede suceder.... 3)— No, estas hablando de discapacidades físicas, psíquicas. 1)— No, pero bueno, pero me estás diciendo una persona que no habla el mismo lenguaje que hablo yo, ¿eh? Pero sin embargo me ofrece otras cuestiones culturales de su tierra, ¿eh?... 3)— Es que es eso. 1)— Muy positivas, y que a mí culturalmente..." (p. 29-30).

(GD3. MB-B, 17-21 años).

Pero, como se ve, también hay otras posiciones en los jóvenes. El derecho a la igualdad y a la diversidad en un marco más intercultural en los sucesivos niveles de enseñanza, con los medios que refuercen y apoyen (más profesores para menos alumnos) esa dialéctica entre lo común y lo específico, no solo es más democrático y enriquecedor sino, también, más eficaz. En la medida que cada vez son más relevantes los fenómenos de hibridación sociocultural lo que ahora se constituye, a veces, como problema se debe tornar como una capacidad que haga a los alumnos más abiertos, versátiles y tolerantes sin disminuir las enseñanzas y los aprendizajes. Lo contrario sería, además, ignorar la realidad social como reto y posibilidad de la escuela y la formación pública.



2. Confluencias en el tramo central juvenil: vivir, estudiar, trabajar

Hacia el curso central de edades de la actual juventud se registra una triple confluencia que si bien, asimismo, se da en los otros dos adyacentes, aquí adquiere su mayor densidad. El ocio, la experimentación y el aprendizaje se combinan con los estudios, la formación y el trabajo o, al menos, con el inicio y mantenimiento de la transición laboral. Es decir, en torno a los 20, 21 años y hasta los 25, 26 años encontramos a jóvenes que estudian o están completando su formación, encontramos también a jóvenes que trabajan o están intentando incorporarse al mundo laboral y encontramos, igualmente, a jóvenes que combinan ambas actividades o las ejercen alternativamente. Ambos mundos, de actividades compartidas y actividades exclusivas, coexisten y del éxito del ajuste entre ellos —entre lo más expresivo e instrumental— va a depender en buena parte el que los jóvenes salgan airoso en los retos que continuamente se (les) están planteando.



Apuntes relacionales en el tramo central

Las relaciones con los padres y la familia se estabilizan una vez que se van reconociendo definitivamente los tiempos y espacios de ambas partes. Se trata de una entente cordial que funciona mejor a medida que los jóvenes se alejan de los 20 años y van llegando a los 25, de forma que los mismos tiempos de ocio y diversión se van aminorando algo. De hecho, es significativo que al igual que los jóvenes que tienen en torno a los 17 años critican la precocidad de los que están en torno a los 13 años, de la misma forma estos que están en torno a los 22, 23 años señalan los excesos de aquellos de, aproximadamente, 17 años. Sin duda es la falta de memoria respecto a sus prácticas pasadas pero, también, una manera de diferenciarse de las etapas precedentes haciendo notar su carácter advenedizo. Por ello, se resalta como ciertos comportamientos descontrolados y más superficiales están asociados a esos primeros años por contraste a los de esta segunda fase, plenamente integrada en la juventud, en la que la propia confluencia de actividades (diversión, responsabilidad) y su articulación aportaría mayor conciencia, madurez y autocontrol. Así, una de las partes del proceso de experimentación vital implica no solo la distinción o, alternativamente, la identificación con algunos de los coetáneos con los que se comparten edades aproximadas, sino también la diferenciación con otros jóvenes de edades precedentes.

“(...)- Digo: ¡ pero tía!... O sea, yo también cuando era joven me fijaba en... pues en mis ídolos musicales y me encantaban. Pero, ¡ eran ídolos de otra manera, coime!, eran más... - Que sí, eso sí es verdad. — Yo creo... — Eran... no sé, tenían más entidad. — La gente ahora quiere tener el mismo problema que ve en la televisión. — Sí, quiere ser un macarrilla y... — Sí, sí. — Quiere ser guay y fumarse unos petas que mola. Vale, mola, porque a mí también me gusta de vez en cuando. Pero, que te... ¿Sabes?... Sí “

(GD6, 71. 23-28 años).

Como se ve, a través de la distinción con lo precedente se llega a afirmar lo presente. Y es que en estas edades, la diversión, las salidas y, en general, los comportamientos expresivos siguen siendo esenciales; la identidad de los jóvenes se va formando, cambiando, consolidando a partir de estas interacciones. Se cotejan los gustos, se contrastan valores, se refuerzan amistades, se producen enamoramientos, se comentan y conversan hechos considerados interesantes, quizá escuchados y hablados en las relaciones con los adultos o en los medios de comunicación que son retraducidos y reelaborados. Es un aprendizaje autónomo e informal que se realiza fuera de los tiempos compartidos y donde el consumo y la moda son elementos capitales para la descodificación de la información y la regulación secundaria de la conducta, al modo explicado en el abordaje de la condición juvenil de los jóvenes de Gijón^{1 8}.

En cualquier caso, conforme se va avanzando en la edad se van ampliando las relaciones sociales globales y lo que antes sólo era diversión, cada vez se va connotando más junto a los, crecientemente más estables, grupos de amistad y, asimismo, junto a las mismas relaciones de pareja. Si la primera fase de la juventud es más de transgresión y experimentación, no acompañadas por prácticas reflexivas^{1 9}; en esta segunda fase, aunque sigue siendo esencial la actitud vital experimental, comienza a darse una relación más razonada entre las experiencias y las esferas de la realidad social que les afectan en su presente e, igualmente, les implicarán en su inmediato futuro. En ese sentido, esta subetapa es de confluencias (estudios, formación, mundo laboral,...) porque en ella también se da una progresiva preparación moral para acometer las complejas y cambiantes realidades en las que les está tocando vivir.

Así, algunos de los jóvenes de los grupos de discusión (de 21 a 22 años) constatan que algo que han conocido en sus familias y en la sociedad adulta (estabilidad en la pareja y el empleo) ya no va ser posible porque, entre otras cosas, la inestabilidad laboral puede afectar a la relación de pareja y, de otro lado, las mismas elecciones vitales pueden no confluír en un momento dado²⁰. Ciertamente — apuntan algunos jóvenes— hay valores que pueden contrarrestar estas objetividades pero también es cierto que el estado de cosas se caracteriza — apuntan otros— por la incertidumbre y la crisis. En ese sentido, se trata de una preparación, de un aprendizaje moral para ir aprehendiendo tales eventualidades vitales.

“(...)- O sea, hay mucha incertidumbre en todo. O sea, entre nosotros, en el trabajo, luego en las relaciones personales. Si antes yo que sé, te ... — Si, estamos en un periodo de crisis. — Claro, idílicamente, te casabas y era pa toda la vida. Y hoy sabes perfectamente que..., o sea pero por factores externos no de la pareja, ¿no? Porque si el trabajo que..., oye que te sale un trabajo mejor en no se donde, pues dices tú: jolín, qué es mejor mi bienestar personal que el bienestar de la pareja, no se que. Entonces yo creo que es... — Sí, eso son valores, también, ¿eh? — Hay mucha incertidumbre en todo, en todas las cosas... — Depende de los valores que tenga... — Valores... — Eso son valores. Si estás enamorado de una persona... — Valores o decisiones... — Vale... — O decisiones... — Hay valores y... — Yo por ejemplo, por ejemplo yo sé que para trabajar voy a tener que marchar de Gijón “

(GD1, 61-62. Jóvenes de 21-22 años).

Como vemos, salir de Gijón por causas laborales es una posibilidad indeseada que ellos siempre significan. Sin duda, una de las causas tiene que ver con la oferta cultural y de ocio que posee la ciudad. Es de resaltar que cuando se habla de ocio y diversión los jóvenes de estas edades, con alguna excepción, remarcan su satisfacción respecto a las posibilidades que aporta la ciudad en la que viven. A pesar de los problemas respecto a la inserción laboral, que explícitamente señalan, Gijón colma sus posibilidades de diversión, de oferta de actividades culturales, espectáculos.... Por eso,



complementariamente a la buena opinión obtenida en la Encuesta Jóvenes Gijón 2001, es destacable en sus intervenciones la positiva valoración general de las actuaciones y, concretamente, de todas aquellas que tienen que ver con juventud (Abierto Hasta el Amanecer, PILES, actividades de los Centros Socioculturales, etc.).

“— Sí, sí, que hay actividades. Hombre, yo pienso que puede..., alguna más quizá podía... — Sí, sí. Y bastantes más podía haber. — Podía haber. Podía haber más, ¿eh? — Por supuesto que podía haber más... — Porque..., si hay pero... — Pero hay, va. — Pero bueno. A la juventud si se nos trata bien, si se nos miman un poco” (p. 51).

—“(...)— quizás estando en una ciudad como Gijón, viviendo todo esto no nos damos cuenta, ¿no? Pero os voy a contar un caso. Por ejemplo, eh, un amigo mío vino aquí y quedó alucinado de las... del mogollón de actividades que se tenía a lo largo de... del año para realizar en una ciudad que..., o sea, media de doscientos cincuenta mil habitantes, como es ésta. O sea, actividades y para todo el mundo. O sea, yo sí creo que afortu... — Pero también tenemos la suerte y podemos fardar — que yo por lo menos fardo de ello— pa mí Gijón ye de lo mejorcito que hay en el Norte de España” (p. 52).

(GD1. 21-22 años).

Para la actual configuración de Gijón como una ciudad habitable, los jóvenes reconocen la importancia que ha tenido el Ayuntamiento. Lo hacen todos pero sobre todo los de esta franja central de edades. Y, anidadamente, valoran una ciudad que, por su tamaño y características, reúne las ventajas de toda ciudad pero evita los inconvenientes de las más grandes.

“— Además tiene como la media: que es una ciudad en la que no te agobias porque no... conoces a todo el mundo... — Y no es pequeña... — Y no es un pueblo y no es enorme como Madrid. — Y tienes todo lo que necesitas... — Yo por eso, por lo que decías de quedar: a mí me encantaría trabajar aquí, quedarme y todo. — A mí también, me encantaría... — A mí sí. A mí personalmente me encantaría... — Otra cosa es que pueda, o no”

(GD1, 52. 21-22 años).

Como se ve, una ciudad manejable y agradable — ya muy alejada de aquella otra “fea y caótica” de hace no muchos años— y así lo manifiestan estos jóvenes que quisieran seguir habitando en ella.

Participación social y distancia participativa

Al ser en estas edades donde los jóvenes han expresado en los grupos de discusión algunas aproximaciones básicas con respecto a la participación social y el asociacionismo

vamos aquí a tratar de explicitarlas²¹. Desde la perspectiva que vamos adquiriendo queda claro que hablamos de jóvenes, chicas y chicos, real y pretendidamente autónomos que valoran más lo cercano, distanciándose de las grandes narraciones ideológicas o políticas o las cosmovisiones sociales más abstractas. La solidaridad, el humanismo, la tolerancia, la justicia, o la no-discriminación son, sin duda, valores que ellos asumen y defienden desplegándolos en las conversaciones a través del tratamiento de problemas que no tienen porque afectarles directamente: malos tratos a mujeres, inmigración, integración de discapacitados, etc. Otra cosa es que aquellos valores sean, en general, llevados a la práctica en momentos y compromisos muy puntuales. Pues bien, más allá de esto, parecería que no existiera motivo suficiente que requiriera emplear el tiempo, las energías o las capacidades organizativas de forma más continuada²².

Existe una socialidad de los jóvenes articulada a través de las vinculaciones a grupos, más o menos cercanos (amigos, familia), que se va extendiendo, cuanto más se amplía su mundo relacional, a través de las actividades de las esferas sociales compartidas con la sociedad adulta (por ejemplo, en la enseñanza) o aquellas que son exclusivas de los jóvenes²³. Es decir, una socialidad amplia, vivida, además, expresivamente con muchas otras personas pero, al mismo tiempo, ceñida a aquellos aspectos concretos y cercanos que no implican la vinculación a otros temas de índole más colectivo y, en su caso, podrían encontrar salida a través de las asociaciones voluntarias autónomamente gestionadas por ellos. De hecho, cuando la participación asociativa existe, termina desplegándose, sobre todo, a través de lo más concreto. Además de las consiguientes relaciones, se buscan las utilidades y los servicios, por ejemplo, a través de la práctica deportiva, la proyección y gestión cultural o las actividades recreativas. Es decir, hay una desvinculación entre las esferas y marcos vitales y, al mismo tiempo, la preocupación por ceñirse a los asuntos y problemas que cada chico, chica, debe sacar adelante en la vida cotidiana.

“— O sea, para empezar, a mí me parece que hay una desvinculación total entre los jóvenes, ¿eh? No se sabe que pasa con los jóvenes eh..., de, de Gijón, yo lo desconozco.

— Al margen de todo eso, que sí, que, que, que culturalmente eh... estamos eh... la gente pasa de todo: la gente saca sus exámenes eh... y ya está. Y luego, vive la vida, que es lo que tiene que hacer...”

(GD3, 14. 21 años).

El alejamiento y desconfianza ante las grandes abstracciones de pensamiento político e ideológico anida con algo que ya se ha señalado muchas veces como es el descrédito de la política cotidiana. En ese sentido, no es raro que “se pase” de política

21. No es raro que surjan estas aproximaciones a estas edades en la medida que es entre los 20 y 23 años cuando los jóvenes más participan en asociaciones. Ver M. Martín Serrano y Olivia Velarde, 2002, pp. 429 y 430.

22. En el último Informe de Juventud de España, del que hemos podido disponer terminando la redacción de este informe, un 37% de los jóvenes pertenecen a una asociación voluntaria, fundamentalmente deportivas y culturales. Las edades en las que existe más participación son antes de los 20 años (45%) para ir descendiendo hasta el 37% a los 24 años. M. Martín Serrano y Olivia Velarde, 2002, Cap. 31. A mediados de los noventa las cifras de participación asociativa eran de casi un 28%. Ver R. Prieto Lacaci, 1998, p. 43 y ss.

23. Ver p. 50 y ss. de este informe.



al haber una relación inversamente proporcional entre la participación y la implicación política de los jóvenes y su notable desprestigio.

“— Luego, políticamente ya... vamos, eso eh... es... mejor no hablar. Porque la gente pasa de la política. La gente pasa de la política, totalmente. Pasa de la política, y en cierta medida porque los políticos son unos rastrosos y unos mentirosos”

(GD3, 14-15. 21 años).

Indudablemente, esa relativa polarización hacia lo concreto, como podrá pensarse, está teniendo sus costes morales y materiales. Morales, porque las posibilidades vitales de las que disfrutaban son a todas luces positivas (ocio, diversión, viajes,...) pero al mismo tiempo, al no ir más allá en las practicas colectivas (por no querer, o no poder), ello les crea una cierta mala conciencia (*“sólo pensamos en salir el sábado por la noche”*). Un conflicto entre lo concreto y la necesidad de desplegarse hacia asuntos de índole colectivo que les afecten y en los que pudieran participar (más en torno a los 25 años). Y, también, costes materiales porque muchos de los problemas que les incumben sólo se podrían intentar solucionar, precisamente, en clave política, organizándose y desplegándose, aún temporalmente, al nivel de las construcciones y relaciones políticas.

De hecho, cuando surgen problemas que les afectan directa y continuadamente como, por ejemplo, los laborales (precariedad, rotación, etc.) es cuando más ven la necesidad de organizarse y unirse. Por tanto, entre la utopía de juventudes anteriores y la polarización hacia lo concreto de los actuales jóvenes cabría encontrar espacios de participación más ajustados que incorporen lo general y lo concreto.

“— Y lo más triste y lo que más me duele a mí, es que la gente está como aletargada, la gente pasa de todo, lo único que hacemos, y... y yo la primera, a lo mejor, es... es salir el sábado por la noche... (...).

— Pero es, por eso, porque la gente se cansó de protestar y de tal... — Sí, sí. — Si llevamos... llevamos años protestando, siempre por lo mismo. Y.. y, o sea, realmente no se consigue nada. — Pero, ¿nosotros, nuestra juventud hemos sido reivindicativos? O sea, yo me imagino... no sé, otras juventudes así, un poco utópicas; pues, que había mogollón de luchas y de protestas estudiantiles y la gente se movía y... Y, es que ahora, ¿qué hay? Ahora hay una mierda, ahora somos cuatro... Te lo digo de verdad, todos nos quejamos; pero, en ese sentido, no veo yo una unión”

(GD6, 52-53. 23-28 años).

Ciertamente, aunque la participación social y asociativa nunca puede ser observada y vivida sólo como una realidad numérica y estática sino, más bien, tratando

de ver los potenciales emergentes que pueden, en poco tiempo, cambiar el estado de las cosas, hay algo que no deja de ser preocupante a los niveles de la participación asociativa, social y democrática. Hablamos de una cierta resignación — expresada y captada en los discursos de los jóvenes— que tiene que ver con la imposibilidad de poder influir o hacer aportaciones en la vida pública a través de la mixtura de la vida social participativa más o menos comprometida o esporádica (*“realmente no se consigue nada”*).

“— No, que como no te busques tú la vida; nada. O sea, que te unes... o sea, muchas veces, tan a lo mejor comprobando que te unes... la gente se une y no consigue nada, porque lo que hacen es... — Cuando no te... cuando no te unes, si te pisan. — ¡ Van a reunirse, pa negociar! ¿Y qué?, ¿qué hacen? Al final, quedan... pactan entre ellos y...”

(GD6, 33. 25 años).

Sin ánimo de dramatizar, y sabiendo de los lógicos límites y capacidades inmediatas de los movimientos sociales o de las demandas ciudadanas, es preciso llamar la atención sobre este alejamiento entre lo institucional y lo social que parece estar llevando a pensar a muchos jóvenes que no vale siquiera la pena intentarlo, porque al final nada va a cambiar a no ser que uno, o una, se busque la vida por si mismo, individualmente. Es decir, en definitiva de una manera aún mucho más limitada.

La emancipación social como situación y proceso: orientación formativa y profesional

En torno a los 20 años los jóvenes ya conocen sobradamente las dificultades del mercado laboral sea por que ya están en él, sea porque lo conocen a través de las interacciones e informaciones. Estas dificultades a lo largo de los años han ido actuando como un eco (social, de las familias, de los *media*) que les hace ponerse en guardia aún mucho antes de intentar trabajar. De la misma forma, saben que una buena formación no garantiza un buen empleo, si bien acentúa las probabilidades de encontrarlo. Ante un mercado de trabajo como el de nuestra región que estructuralmente no puede acoger a toda la población activa y que hasta hace unos años ha mostrado, además, una fuerte atonía en la creación de empleo²⁴; los jóvenes por propia iniciativa o empujados por la presión social intentan cualificarse lo mejor posible a través de la Formación Profesional, los estudios o los cursos formativos.

El peso ante la posible inadecuación de las elecciones de estudios y formación o el posible fracaso en la inserción laboral es como una anticipada losa que aflora en las conversaciones, provocando una extrema incertidumbre.

“— Yo creo que son los boom también. Tu sales ahora de estudiar el COU y el BUP: empresariales, informática. To el boom. Va to el mundo... — To el mundo dice... — Sale de

24. García Blanco y Gutierrez, 1995.



selectividad: yo voy pa empresariales, informática... —Las que más salidas tienen... — ¡ Estas, éstas y éstas! Y todo el mundo va para allá. Y se colapsa.

— Y se colapsa. Y luego hay otro tipo de carreras que como hay pocos; hay más trabajo. Pero yo... Vamos, cuando yo estuve... Caro tengo veinticinco años. Pero, antes...

— ¿Será el pánico? ¿Será el pánico a quedar sin trabajo? A lo mejor es pánico a quedar sin trabajo, ¿no?... — Sí.

— Porque, a lo mejor estás estudiando, una cosa que no te gusta. Pero como tiene futuro”

(GD4, 20. Jóvenes entre 22-25 años).

La incertidumbre y la inseguridad explicada lleva a los jóvenes a demandar orientación aunque no solo por eso. Se trata de una necesidad real, razonable y objetivamente expresada, en la medida que ahora existen múltiples posibilidades para los estudios, la formación y las pasarelas internas y externas. Por otro lado, saben que las expectativas de los padres, las de ellos mismos y las de otros jóvenes, abocan a emprender estudios que puede que hace unos años tuvieran salida pero que ahora ya no la tienen, como hemos visto en el anterior trozo de conversación. Se necesita ayuda no esporádica tanto para la orientación escolar y formativa, como para la orientación laboral y profesional ya que, dada la relativa irreversibilidad de las elecciones que se toman, habría que reforzar o crear los dispositivos de orientación dirigidos a los jóvenes de Gijón^{2 5}.

“— ¡ Y bueno, vas allí, y... — ¡ Y te lo dan!, ¡ no en el último año!, sino cuando te queda una semana, ¿entiendes?... — Hay un señor que lo primero que te pregunta es: ¿qué quieres hacer? Digo: ¡ Ay, si lo supiera chico!... — Tienes dos horas el último año... — Vengo, pa que me orientes, ¿no? — Dime..., dime qué hay... (...). Claro, es que... — Y no solamente los planes de estudio, ni que asignaturas hay, ni cuantos años son, ni... ¡ Ay, es que ahora están cambiando los planes y no sé cuando cambiaran, cuando no! ¿Qué... puedo hacer esto desde aquí, puedo hacer lo otro desde allá? No, no sé”

(GD6, 63. 23-28 años).

“— Porque es ir a una asignatura, a otras, que no tienen ni siquiera conexión unas entre otras. Y a mí me parece, que no sé, que hacen falta un poco de cursos orientativos. Porque, yo tampoco tenía muy claro, por ejemplo...: claro, yo hice derecho, que es una carrera tan general y salen tantas cosas y puedes hacer tantísimas cosas, que luego acabas y no, y no sabes que hacer”

(GD 2, 4. 23-30 años).

Es sintomático, en ese sentido, que una vez dentro del mercado laboral uno de los problemas de los jóvenes es el riesgo de seguir trayectorias laborales caóticas que

si bien no dejan de aprovechar muchas de las oportunidades formativas y laborales que se les van presentando, su carácter errático dispersa sus esfuerzos sin poder adquirir la necesaria experiencia en aquello a lo que inicialmente dedicaron sus mayores energías. La incoherencia de las trayectorias laborales no es exclusiva de los niveles más bajos de estudios sino también, a veces, de los altos.

Las dificultades inherentes al actual mercado laboral, que venimos señalando, empujan lo suyo hasta esa dispersión aunque no cabe duda que una fortalecida y sistemática orientación laboral y profesional podría paliar estos problemas. No obstante, y finalmente, es preciso tener en cuenta que la orientación debe incidir tanto en las informaciones formales relativas a la formación, y a las posibilidades profesionales, pero también en las propias capacidades de los jóvenes para procesar y optimizar esas informaciones de forma que puedan tomar las decisiones que más se adapten a sus posibilidades, más allá de las inercias sociales o las expectativas sobredimensionadas.



3. Independencia y emancipación social de los jóvenes de Gijón: obstáculos y alternativas

Según el lapso de edades que conforman la juventud es en torno a los 25 años cuando comienzan aquellas actividades en los jóvenes, chicos y chicas, que más propiamente se ocupan de su emancipación social. Aquellos que no continuaron los estudios y la formación a edades más tempranas, entrando en el mercado de trabajo, intentan ahora asegurar y estabilizar sus empleos de forma que sean posibles proyectos vitales independientes más continuados. Sin embargo, como se podrá suponer, esto no es nada fácil ya que a menor cualificación profesional se torna más dificultoso conseguir el objetivo de la estabilidad laboral. En cuanto al resto, con más estudios y formación, comienzan a trabajar o a buscar trabajo o —dadas las dificultades estructurales (insuficiencia de empleos) para la inserción laboral— tratan de completar sus capitales formativos mediante algún curso de ampliación de estudios o especialización. En ese sentido, es preciso hacer notar que —excepto para los que han tenido una inserción exitosa precoz (de los estudios al empleo estable) en empleos de calidad— la inserción laboral en la actualidad es un proceso que dura desde la entrada en el mercado laboral hasta que se consigue, unos años después, una presencia permanente en el trabajo mediante empleos estables o continuados^{2 6}.

Inestabilidad laboral y emancipación social incompleta

Como ya hemos visto, los jóvenes han acabado por asumir que aún habiendo adquirido una buena cualificación tardarán unos años en conseguir una estabilidad laboral que, en el mejor de los casos, les pueda permitir pensar en llevar a cabo, definitivamente, sus proyectos de emancipación familiar y social.



“— Y yo te digo una cosa, a mi no se me caen los anillos. Quiero decirte, yo sí dentro de tres, cuatro años, veo que lo he intentado con todas mis fuerzas, pero yo quiero intentarlo, y no me sale; pues chico yo me hago... te digo de verdad, me matriculo en FP (...)”

(GD6, 34. 23-28 años).

“— Acabas, haces un año de prácticas, aunque no cobras, que bueno trabajas aún, pero más o menos te vas a ir colocando. Yo tengo gente que..., amigos que ya acabaron y, más o menos, sé que se colocan. Otra cosa es que tengas un trabajo estable y que tengas la capacidad de independizarte, que eso ya te lo dará el tiempo y cuando vayas a trabajar y eso”

(GD2, 6. 23-30 años).

La emancipación e independencia social de los jóvenes se configura normativamente como un proceso compuesto y jalonado por varias partes necesarias que a la larga tienen una relación sistemática aunque sus hitos temporales no sean cerrados. Son la consecución de un mundo autónomo a través de las relaciones personales, el ocio y la cultura, los estudios y la formación, los ensayos y definición del emparejamiento..., el empleo (autonomía económica) y la vivienda (emancipación residencial)²⁷.

En ese sentido, las variaciones y modalidades pueden ser diversas y dependen de la encrucijada de las iniciales posiciones y oportunidades sociales con las disposiciones y elecciones personales y grupales. Sin embargo, en la realidad de los jóvenes de Gijón que no consiguen emanciparse a edades, más o menos, avanzadas, es destacable como cumplen con creces todos los requisitos del sistema de emancipación, menos los dos últimos que son la llave hacia los otros: el empleo y la vivienda.

“— Pero es que yo creo, que el principal problema con el que te encuentras cuando llegas a determinada edad es, primero encontrar un trabajo que te permita lo que más o menos todo el mundo quiere: que es llegar a tener una vida en cierto modo independiente. Y eso hoy en día... Yo vivo fuera... vamos, vivo en mi casa y... pero reconozco, que es... es duro. O sea, es decir, bueno hay que encontrar primero un trabajo con una estabilidad suficiente pues, pa que te permita pedir un crédito, comprarte un piso, o bueno, pagar un alquiler todos los meses”

(GD6, 3. 23-28 años).

Es un trastorno que contrasta con la madurez en las relaciones sociales, con la general alta formación y cualificación y con la existencia de parejas ya consolidadas cuyos miembros deben seguir habitando en las casas de sus respectivas familias. Pues, en efecto, el problema es la carencia de empleo pero, sobre todo, los empleos precarios y la alternancia entre las situaciones a que dan lugar (paro e inestabilidad) que no permiten ni siquiera concebir proyectos medianamente continuados de emancipación. Se puede estar preparado para todo

pero si no hay empleo, y además empleo de una cierta calidad, tampoco habrá posibilidades de adquirir o alquilar una vivienda. El resultado es, pues, la imposibilidad de planificación de sus vidas y el desánimo pero también una acumulación errática de la formación y, al final, la propia ineficiencia del sistema productivo que no aprovecha, en su momento óptimo, estos cualificados capitales formativos y profesionales²⁸.

De esta forma, el camino hacia la emancipación y la autonomía social de los jóvenes de Gijón es una senda larga, angosta y retorcida, llena de importantes obstáculos que se vuelve más dificultosa según avanzan las edades. Una experiencia vital de difícil manejo en la que la discontinuidad del empleo y la propia inestabilidad laboral abocan a los jóvenes a una dependencia no completa y a una autonomía que no acaba de completarse (emancipación discontinua)²⁹.

“— Y luego yo, claro, yo no me queda mas reme..., yo tengo hermanos, pero no me queda mas remedio que vivir con mis padres; aunque me quiera independizar, aunque me quiera casar o que quiera vivir con mi novia o con cualquiera, ¿eh? No puedo porque, lo primero, los trabajos que hay, hay pocos, y los que hay están muy mal pagados, muy mal remunerados; los contratos son de risa... los contratos son de puñetera risa, ¿eh? Trabajas mal, mal a gusto, en cosas que no te gustan porque no te queda otro remedio, y te apuntas a lo que sea pa tener cuatro duros en bolso”.

(GD4, 3. 22-30 años).

La quiebra gradual de las expectativas lógicamente afecta por igual a todos los jóvenes, pero donde las conversaciones denotan un mayor desengaño es en aquellos que las tenían más elevadas y que no han conseguido tener éxito precoz en la inserción laboral. Pues, si bien, no estamos hablando de procesos y oportunidades sociales absolutamente ordenados e irreversibles, ya que en la actualidad las secuencias y márgenes temporales son relativamente más elásticos, es preciso hacer las adquisiciones dentro de unos tiempos y ser sujetadas a una cierta ordenación temporal: conocimientos y habilidades, relaciones sociales, empleo estable, pareja, autonomía residencial, emancipación social, descendencia³⁰.

“— Y con veintiocho o treinta años nos hemos quedado descolgados. Porque, cuando ya estaba despuntando otra vez la economía, cogen a los recién salidos. Eso, la gente ahora va tener... más posibilidades. — Claro.

— Esos contratos en prácticas que había, y decían: hay que terminar en menos de cuatro años. Y claro, yo había terminao con veinte años, ya tenía veinticinco, ya me había pasao la época, estaba todavía en..., sin trabajo. O sea, ¡ es que no te pilla nada! Llega un momento que...

28. Garrido y Requena, 1996, p. 52.

29. M. Martín Serrano y Olivia Velarde, 2002, p. 25.

30. Garrido y Requena, 1996, pp. 122-123 y 157.



— *O sea, somos la generación: ¡ vamos!, ¡ la generación del Kit-Kat!, ¡ somos la generación del paréntesis!*

(GD4, 21. 22-30 años).

Es decir, el ritmo de las diversas emancipaciones parciales — que en esta tercera fase de la juventud se concretan, fundamentalmente, en lo económico y lo residencial— debe cumplirse pues sino la sensación (propia y ajena) de angustia y de “perder el tren” pueden ser (y son) las consecuencias psicológicas, morales y sociales de estas demoras y trastornos en la emancipación.

Inestabilidad laboral y dependencia residencial

La imposibilidad de concebir proyectos vitales autónomos aboca a los jóvenes a seguir viviendo en casa de los padres durante mucho más tiempo de lo que sus suposiciones más dilatadas hubieran concebido³¹. A pesar de las temporales mejoras económicas que los empleos temporales proporcionan, la inestabilidad de las ocupaciones es decisiva para que las emancipaciones residenciales sean minoritarias. Y esa misma excepcionalidad ha ido reduciendo la presión social para abandonar la casa de los padres, provocando que la condición de dependiente (compartida por muchos) haya sido admitida como un mal menor tanto por los chicos y chicas como por la sociedad. Sin embargo, el que los jóvenes de Gijón se hayan adaptado — sin más remedio— al refugio que ofrecen el hogar familiar y el que sus relaciones con los padres sean buenas (sin ruptura generacional) no implica que se hayan acomodado, siendo eternamente dependientes.

— *Yo sigo viviendo en mi casa, me llevo muy bien con mis padres. No estoy en casa por gusto, si no porque no me puedo plantear la independencia. Estoy preparando oposiciones y a lo que salga*

(GD2, 7. 23-30 años).

Es cierto que sus relaciones son óptimas y respetuosas pero también sabiendo hasta donde se puede llegar en algunos temas en los que se sabe que la opinión va a ser divergente. Respecto a la acomodación, no puede haber debate en el caso de los jóvenes que están con frecuencia en el paro; y tampoco la emancipación ha sido posible para aquellos, chicos y chicas, que tienen trabajos inestables o de poca calidad³². Es paradójica la situación de estos jóvenes que deseando la autonomía, la emancipación social y la independencia con todas sus fuerzas se vean imposibilitados para llevarla a cabo a causa de la inestabilidad y la precariedad en el empleo y, también, por la inaccesibilidad económica de la vivienda estando obligados a permanecer con los padres³³. Por eso, las opiniones, a veces muy divulgadas, que han presentado a la actual juventud como un

colectivo parasitario y sin voluntad para la autonomía son contestadas desde todas las formas y posiciones posibles por los jóvenes de Gijón. Hay variados testimonios de ese deseo frustrado de emancipación social en el abanico de las edades.

— *Que sí, que yo tengo veintiséis años y bueno; ¡ me gustaría echar a volar!, por decirlo de alguna manera, ¡ ya! Porque: ¡ ya vale!, ¡ ya está bien! He estado ya veintiséis años chupando del bote, como se suele decir, y ya llega un momento en que no es ni porque estorbes, ni porque bueno, haya que alimentarte, haya que vestirme, haya que no sé que, haya que no sé cuanto. Sino porque llega un momento que dices: hasta aquí llegué y hasta aquí vamos. Tengo que echar a volar, pero ya. Es una necesidad que tienes tú...” (Chico 26 años).*

— *Entonces en ese sentido... No estoy mal a gusto; pero sí creo que necesito dar un paso más. Eso sí es verdad. Más en ese sentido. Más que el hecho de que puedas decir: oye, es que mis padres ya me ponen mala cara cuando me ven por... por casa. No, no es eso. Pero necesitas más” (Chica 30 años).*

(GD4, 41-42).

— *Es que yo digo porque la independencia, ahora sí. Pero yo por ejemplo, más o menos desde que acabé COU, yo quise haber sido independiente. O sea, no es que la necesidad de la independencia me surja ahora. Y eso que yo me llevo fenomenal con mis padres...*

(GD2, 5. Chica 24 años).

Así, la emancipación, en paralelo a la inserción laboral, es un proceso largo (demasiado) que se ve complicada, aún más, con el precio de la vivienda. La inestabilidad laboral impide la obtención de créditos bancarios y, en ese sentido, los jóvenes de Gijón conocen muy bien ese círculo vicioso que les aboca también a la dependencia residencial. Se conocen sobradamente las líneas de ayuda existentes desde el mismo Ayuntamiento, como también se saben las limitaciones de las entidades locales en esta materia. Pero recalcan que tales ayudas son en exceso restringidas (a la baja) tanto en lo que se refiere a la cuantía de las viviendas como en los ingresos de los posibles beneficiarios y, en ese sentido, no responden a la realidad del mercado inmobiliario en la ciudad como, tampoco, a las propias necesidades expresadas de emancipación residencial de los jóvenes³⁴.

— *O sea, él tiene que buscarse la vida, estar a dos velas, buscarse todo, trabajar fines de semana, trabajar todo lo que puede... más horas de lo normal, para al final que al Ayuntamiento cuando él solicita una... una subvención para comprarse un piso, pues se lo rechacen. Y el banco, claro, que... ¡ tanto de lo mismo!, ¿entiendes?... (...) — Claro. — ¡ Porque el banco como no tengas algo con lo que te pueda pillar!”*

(GD6, 49. 23-28 años).

31. Pepa Cruz y Paloma Santiago, 1999, p. 51 y ss. Manuel Fonseca, 2002. Sólo el 26% de los jóvenes de Gijón es económicamente autónoma.

32. Rosario Alvarez *et alia*, 1999, p. 15 y ss. Ver Manuel Fonseca, 2002: por la gran rotación e inestabilidad, el 43% de los jóvenes de Gijón que tiene experiencia laboral ha conocido tres o más trabajos remunerados.

33. De todas las generaciones de jóvenes de las que se tiene información desde los años 60, las actuales son las que más deseo

muestran de dejar sus familias de origen. Ver M. Martín Serrano y Cecilia Hermida, 2002, p. 34.

34. A la hora de la redacción de este informe la línea de ayuda más significativa para jóvenes con respecto a la vivienda desde el Ayuntamiento es la dirigida a aquellos que no superen 3,5 veces el salario mínimo interprofesional y que adquieran una vivienda de precio no superior a ocho millones de pesetas. Ayuntamiento de Gijón, 2001.



Lo cierto es que no existen situaciones y soluciones intermedias entre la dependencia y la independencia residencial tanto desde el punto de vista institucional como familiar. Sirva como ejemplo, desde la familia, que — a causa de los deseos de autonomía y pesando más sus inconvenientes que ventajas— la solución transitoria otrora relativamente frecuente de la convivencia de nuevos cónyuges en casa de los padres ha disminuido notablemente y no suele entrar en el proyecto vital de los jóvenes, prefiriendo esperar hasta tanto no acaban de conseguir la vivienda propia. Existe, pues, una fuerte vinculación entre la adquisición de domicilio (emancipación residencial) y el matrimonio o con la, más minoritaria, convivencia en parejas de hecho³⁵.

“— Yo, toda la gente que conozco que se casó, se caso con el piso (...). — O sea,... Sí, sí. — Todo, todo. Tenía que estar todo y luego ya se casaban. — Sí, sí. Es una pasada. Es una pasada. — Una vez que empiezas, para ir a vivir peor de lo que estabas...”

(GD2, 35. 23-30 años).

Y, sin embargo, abundando en los deseos de independencia, los jóvenes, chicas y chicos de Gijón que, por ejemplo, vienen de acabar los estudios encontrándose en torno a los 25 años, ellos si abogan por soluciones intermedias que les permitieran emanciparse residencialmente antes del paso más fraguado de la convivencia en pareja (de derecho y/o de hecho). Además, luego están los aprendizajes morales y materiales que siempre posibilita una vida autónomamente vivida.

De esta forma, también aquí el precio de mercado de la vivienda (en alquiler o propiedad) imposibilita el emprender estas graduadas formas de emancipación residencial y logro de domicilio que en otros países europeos son tan normales en los jóvenes.

“— Y la dependencia, a mí me encantaría ser totalmente independiente, y poder pagarme un alquiler de un apartamento y decir, bueno, ir a ver a mis padres eh... si me apetece entre semana y comer con ellos los fines de semana. Pero no puedo hacerlo, ¿no?”

“— Y bueno, en cuanto a la independencia, pues a mí me parece una utopía, pues como muy grande. O sea, a mí me encantaría ser independiente, pero es que no es que no quiera, es que no puedo. O sea, yo no puedo, porque no, o sea, no puedo, es no se me permite, y me encantaría ¿eh? Pero..., o sea, lo del piso..., a no ser que te vayas a compartir piso con cuatro o cinco más, si no, me parece que son unos precios desorbitados”.

(GD2, 3-4. 23-30 años).

En conjunto, pues, para los jóvenes de estas edades la presión está siendo muy alta pues deben afrontar todos estos problemas, pese a sus expectativas previas y, además,

deben intentar no caer en el victimismo y en la queja constante. La capacidad de remar contra el viento se manifiesta de esta forma intentando que esos problemas no arrastren al resto de sus vidas. Otra cosa es que la juventud actual prevea unas mínimas condiciones de partida antes de dar los pasos para la emancipación.

Ciertamente, los jóvenes han sido educados y han crecido con unas expectativas de calidad de vida y consumo que no pueden desaparecer de la noche a la mañana ya que, además, es normal que las mejoras relativas de posición social conseguidas por sus familias se interpreten no como mejoras ocasionales y sí, más bien, como derechos consolidados. En ese sentido, siempre se intentan mantener, y mejorar, los niveles de calidad de vida que se tienen con la familia de origen y, en esa estrategia, los mismos padres no suelen alentar la independencia (como se puede leer en los grupos de discusión) hasta que los hijos van a vivir con una pareja estable o, sobre todo, se casan. Estas medidas precautorias de las familias y los jóvenes son comprensibles en la medida que la persistencia de la inestabilidad laboral cuando ya se ha producido la formación de la pareja en una unidad residencial independiente significa un añadido de incertidumbre y angustia que pueden evitar — como un mal menor— permaneciendo por más tiempo en las respectivas familias de origen.

Por supuesto, hay jóvenes de Gijón que están intentando la emancipación a partir de la arriesgada relación entre la constitución de la pareja, la autonomía residencial y el empleo inestable. Sus testimonios son harito elocuentes, para todos, sobre la incertidumbre que generan estas situaciones mucho más si estas parejas jóvenes, además, tienen hijos. El riesgo de una posible “vuelta atrás” late en el discurso.

“— Porque... porque doy clases y si no hay alumnos yo este año me voy fuera. O sea, que es una cosa que depende de las circunstancias. Pero bueno, tratando un poco esto. Porque bueno, yo he tenido cuatro trabajos distintos. Trabajo desde los veintiuno o así. ¡ Bueno con el paro por medio y cosas de estas! Porque ninguno va enlazado con otro (...).

— Pero yo estoy casada y tengo dos hijos. Pero claro, es súper difícil, o sea... Claro unas veces trabaja mi marido, otras trabajo yo, otras estamos en paro los dos, otras no sé que. Y llevamos así nueve años, ¿eh? O sea, es una vida... de lo más... Lo que dices tú, dices tú, sí, a lo mejor puedes estar casado y tener dos hijos. Pero estarás como yo que... — Ahogado. — Hoy mi marido no trabaja, pues yo trabajo. Y estamos así. ¡ Y yo no sé el año que viene quien va a trabajar de los dos! — Pero es muy difícil. Y tengo una casa propia, que la estoy pagando y me cuesta un montón. Pero claro, la casa es sin ascensor, en un barrio... — Bueno, eso es igual. Pero... O sea... — Pero está ahí, pero está ahí. — Lo típico, que intentas hacerlo por lo menos”

(GD4, 11-12. 22-30 años).



Pues bien, a pesar de que la situación objetiva empuja a permanecer en la casa de los padres hasta que se den mejores condiciones y a pesar, también, de que haya una relativa comprensión social de este estado de dependencia, ello no quiere decir que no existan costes morales. Antes bien, estos retardos de la emancipación hacen que las palabras de los jóvenes estén salpicadas por temporales y esporádicos islotes de autoinculpaciones individuales y colectivas como reflejo y consecuencia de una situación de dificultad prolongada para la emancipación en la que se requiere un experto manejo emocional y moral que aminore el efecto de las propias condiciones materiales (inestabilidad, dependencia,...) y frene las atribuciones sociales de acomodación a la dependencia.

Cuando aparecen estas autoinculpaciones son contestadas por los otros chicos y chicas desde las propias evidencias materiales, su manifiesto deseo de emancipación y, por ende, de formación de nuevas familias.

“(...)—Nosotros somos también una generación que somos muy cómodos: lo tenemos todo, vives con tus padres, terminas cada vez más tarde, te casas cada vez más tarde, tienes hijos cada vez más tarde.

— Pero, pero eso a lo mejor no es porque tú no quieras, es porque te vienen así.

— ¡ Hombre!, sí. Pero...

— Porque a lo mejor a mí me gustaría tener ahora: ¡ tres hijos!

— Sí.

— Y estar casado hace ya: ¡ dos años!

— Sí, sí, sí.

— Pero, ¿de dónde?”

(GD4, 4. 22-30 años).

Por eso, para algunos chicos y chicas que podrían intentarlo, las expectativas fuerzan a permanecer con los padres, esperando a que su situación en el mercado laboral mejore y permita el salto definitivo a la emancipación pero ya en mejores condiciones. En muchas ocasiones se trata de un cálculo mal realizado ya que la situación, en el mejor de los casos, solo se mantiene. Y, sin embargo, las exigencias de calidad vital no deberían enmarañar la distinción que debe existir entre las dificultades objetivas para acceder al empleo y la vivienda — respecto a lo cual intentan poner remedio, como hemos visto, con variadas iniciativas y acciones— y el criterio de calidad de vida asumido en los jóvenes y en el conjunto de la sociedad.

Por último, reiterar la llamada de atención sobre la frustración social de los jóvenes de estas franjas de edad cercanas a los 30 años. No basta la madurez en la mayoría de las facetas vitales si fallan factores como el que haya empleos que, al menos, permitan realizar modestos proyectos vitales o el precio de la vivienda es tan alto que se constituye en un obstáculo casi insalvable si los empleos son inestables. Se entiende que empleo y vivienda son importantes en la medida que permiten la independencia y la emancipación. Una política social correctora debería fijar su atención en estos jóvenes que están viendo (y verán) tantos años retrasados sus proyectos de vida.